

Entrevista por Antonio de la Cova con Manuel Bartolomé, 16 de agosto de 1993, Miami, Florida.

Bartolomé, quiero que me empiece a hablar un poco sobre usted mismo. ¿Cómo es que usted estaba ejerciendo como funerario en Santiago de Cuba, este era un negocio de familia?

Sí. De mí hay poco que contar. No era más que uno de los once comerciantes que habíamos en Santiago de Cuba. Desde muy pequeño, mi padre tenía un negocio de funeraria, y allí transcurríamos la vida esa de una ciudad del interior de la isla sin mayores problemas, con poco que contar.

¿Dónde es que estaba localizada la funeraria, en que calle?

Estaba localizada en la calle de Calvario, hoy Porfirio Valiente, si no le han cambiado el nombre de nuevo, casi esquina a la calle de Enramada, hoy José Antonio Saco, si no le han quitado el nombre de nuevo. Eso prácticamente era en el centro de la ciudad, a una cuadra del parque Dolores, donde estaba situado el Colegio Dolores, lugar donde **Fidel Castro** fue alumno. Un colegio jesuita donde Fidel Castro estudió.

¿Y usted empezó ejerciendo como funerario desde muy joven?

Sí, mi juventud la eché toda en ese negocio. Teníamos ese negocio desde los años treinta y pico, o alrededor de la década del treinta y me crié en ese negocio.

Que fue un negocio que comenzó su padre.

Sí, que comenzó mi padre.

¿Y usted en que fecha nació?

Nací el 14 de septiembre de 1926 en Santiago de Cuba.

Así que cuando los sucesos, usted tenía....

Yo tenía aproximadamente 27 años.

¿Cuántas otras casas funerarias habían en Santiago de Cuba?

Había varias casas, diríamos quizás cuatro más, pero solamente grandes, fuertes, con poder económico, podíamos decir que había dos: una, la nuestra, y otra la de un antiguo socio de mi padre. Entonces, había dos o tres más pero de carácter marginal. No tenían peso específico ni en la sociedad ni en el comercio de Santiago de Cuba.

¿Y la de ustedes se llamaba funeraria Bartolomé?

Bartolomé; y creo que todavía hoy se sigue llamando funeraria Bartolomé, porque nosotros fabricamos un edificio muy bueno y muy grande, y muy acuerdo para el uso que se le iba a dar, que el gobierno revolucionario cuando intervino todos los negocios en Cuba, y la intervino a ella, la dejó a ella como la única empresa para esos menesteres en Santiago de Cuba. Todavía creo que sigue siendo funeraria Bartolomé en Santiago de Cuba.

¿Cual era el nombre de su padre?

Antonio Bartolomé. Murió hace un año en Cuba, a la edad de noventa y tres años.

¿Y su nombre completo cual es?

Manuel Bartolomé.

¿No usa segundo apellido?

No, no uso segundo apellido ni segundo nombre, que me lo suprimí cuando me hice ciudadano americano.

Me dice que la funeraria era un edificio nuevo. ¿Cuántos salones tenía?

Cuando los sucesos del Moncada todavía no era un edificio nuevo, era un edificio viejo que nosotros habíamos reformado. Todavía no se usaba la práctica de tender los cadáveres en la

funeraria. En esa época todavía en Santiago de Cuba los cadáveres se tendían en su casa. Después ya con el advenimiento del edificio nuevo que fabricamos, que lo empezamos a fabricar, creo que fue en el año cincuenta y cinco, aproximadamente, pues, ya se cambió el trabajo. Ya no se tendían en las casas, sino se tendían en las funerarias.

¿Entonces el trabajo de ustedes allí mayormente era ir a recoger el cadáver y llevarlo a la funeraria a embalsamarlo?

No, no, tampoco se usaba ese procedimiento, porque los cadáveres, de acuerdo con las leyes sanitarias había que enterrarlos antes de que cumplieran veinticuatro horas de fallecido. Entonces, por eso no se usaba el embalsamamiento, porque los cadáveres se enterraban muy rápido.

¿No se usaba en aquella época el embalsamamiento?

No, no se usaba, nada más que para casos especiales.

¿Y entonces cual era la labor de ustedes como funerarios?

La labor de nosotros como funerarios era recoger los cadáveres en las clínicas o casas de salud y trasladarlos hacia su casa, donde se hacían los funerales. Llevar allí los implementos, candelabros, etc. etc. toda la parafernalia esa de un velorio, y a la hora del entierro, llevar el coche para trasladar el cadáver al cementerio, carro para llevar las ofrendas florales, y después se recogía todo eso que quedaba, y se volvía a llevar para la funeraria.

Así que virtualmente todo se hacía fuera de la funeraria.

Todo se hacía fuera de la funeraria.

¿Y cuántos carros fúnebres tenían ustedes?

Nosotros teníamos un promedio de tres o cuatro coches fúnebres. No tanto por la cantidad de entierros, sino por la categoría de los entierros. O séase, que más que la cantidad de trabajo, la necesidad de varios coches era por darle variación a la calidad de los entierros.

¿Por ejemplo, usaban algún coche tipo Cadillac?

Todos los carros de nosotros eran Cadillacs convertidos a coches fúnebres por casas especializadas que hacían esos trabajos aquí en los Estados Unidos como La Salle de Escobil, la de Cincinnati, la Superior. Había una serie de casas carroceras que se dedicaban a hacer los coches fúnebres, y entonces, esos eran los que nosotros usábamos y las otras casas también.

Me habló de que se embalsamaba solamente en casos especiales.

En casos especiales donde se iban a embarcar cadáveres que exigían que fueran embalsamados porque no había tiempo para enterrarlos dentro de las veinticuatro horas. Y entonces, pues, con el permiso de traslado de los cadáveres, había que acompañar un permiso de embalsamamiento para evitar que el cadáver se descompusiera y se creara problema de índole sanitaria.

Por ejemplo, un cadáver que se enviara a La Habana, de estos mismos rebeldes allí en aquel día, o que murieron de los militares, ¿se enviaba embalsamado?

De ese grupo de los del Moncada ninguno se envió a La Habana. De vez en cuando se enviaban algunos, pero si iban a ser enterrados dentro de las veinticuatro horas, no había que embalsamarlos. Si iban a ser enterrados después de veinticuatro horas, había que embalsamarlos.

¿Dónde es que se encontraba usted el 26 de julio cuando comienza el ataque al cuartel Moncada?

Yo estaba fuera de Santiago de Cuba. Había ido a la finca San Lorenzo, lugar donde se suicidó o mataron a **Carlos Manuel de Céspedes**. Habíamos ido mi padre y yo a ver una mina

que pensábamos explotar, en esa área. Entonces cuando llegamos por la noche, ya cuando llegamos a Palma Soriano, nos dimos cuenta que algo raro estaba pasando, porque ya en Palma Soriano nos registraron acusiosamente una patrulla del ejército, pero no le dimos mayormente importancia.

¿Ustedes regresaban en su automóvil?

Regresábamos en un jeep nuestro. Entonces, cuando llegamos a Palma Soriano, notamos ahí en la base, en el cruce del río donde estaba el cuartel de Palma Soriano, que era una capitania, notamos un registro muy fuerte, pero nos dejaron pasar sin problema. Y cuando ya estábamos llegando a Santiago de Cuba, unas patrullas del ejército nos pararon y nos registraron de nuevo, y nos dijeron que tuviéramos mucho cuidado que no recogiéramos a nadie en el camino, que había habido unos sucesos en Santiago de Cuba muy sangrientos. Que tuviéramos cuidado con gente en el camino, que estuviéramos muy atentos a nuevas patrullas militares que íbamos a encontrar, y de esa forma llegamos a Santiago de Cuba. Nos pararon varias veces, nos registraron, nos interrogaron, pero nos dejaron siempre pasar.

¿Cómo a que hora es que ustedes llegan a Santiago de Cuba?

Quizás serían las ocho o las nueve de la noche el día 26 de julio.

¿Y salieron de San Lorenzo como a qué hora?

Salimos por la tarde. No recuerdo fijamente la hora porque estamos hablando de hace cuarenta años. Salimos por la tarde de San Lorenzo. Salimos ahí a Contramaestre, y de Contramaestre salimos a la Carretera Central hasta Santiago.

Porque aquí hay un relato de uno de los rebeldes que dice que un grupo de ellos se encuentra con usted cuando estaban perdidos ahí por Santiago y que usted los dirige a casa de Micaela Cominches.

Bueno, no fue precisamente conmigo, fue con mi hermano. Mi hermano se encontró, ellos nunca le dijeron que eran del grupo ese.

¿El nombre de su hermano?

Antonio Bartolomé. Mi hermano se encontró con unos muchachos, que después me lo dijo, que le lucía estaban involucrados en el ataque al Moncada. Entonces, esa señora Cominches era la madre o la abuela de **Joaquín Méndez Cominches**, que fue Ministro del Interior.

¿La tía?

Creo que era la tía. Ellos tenían una imprenta en la calle de San Félix, entre San Francisco y San Jerónimo. Entonces, ellos andaban buscando a esa familia Cominches y mi hermano los encaminó hacia allí.

¿Usted se acuerda el nombre de la imprenta?

No recuerdo el nombre de la imprenta. Sé que mi hermano los encaminó hacia allí. Después mi hermano me dijo, “me luce que esos muchachos que yo encaminé hacia la imprenta están involucrados en el ataque al Moncada.” Le dije, “bueno, no sé, es posible que sí,” pero yo le dije, “de eso no hables porque te puede buscar problema.”

¿Y su hermano Antonio también trabajaba en la funeraria?

Mi hermano y yo, los dos laborábamos allí. El era más joven. Yo lo administraba, él y mi padre nos ayudábamos.

¿Qué edad tenía su hermano cuando aquello?

Pues, mi hermano cuando aquello tenía dos años menos que yo. Si yo tenía veintisiete, el tendría aproximadamente veinticinco años.

Usted me estaba diciendo que llega a Santiago de Cuba a las nueve de la noche.

Aproximadamente a las nueve de la noche. Entonces ya me habían informado de lo que había pasado. El teniente [Rafael] Canet, ayudante del coronel **del Río Chaviano**, con el que me unía una buena amistad, no tanto con Chaviano como con **Canet**. Canet me llamó para que yo me hiciera cargo de recoger los cadáveres de los militares. Yo no estaba, entonces mi padre y mi hermano se ocuparon de servirle los funerales a los militares muertos, que fueron alrededor de doce o quince, aproximadamente. No me acuerdo fijamente cuales eran. Entre ellos había alguno conocido, como el hermano del comandante **Morales**, que era teniente.

El teniente Feraud.

Feraud. Hermano de **Cástulo Feraud** que era consejal de Santiago de Cuba.

Yo lo entrevisté en New Jersey.

¿Está vivo todavía Cástulo Feraud?

Ya falleció. Yo lo entrevisté en 1983.

Habían muchos conocidos, ahora la memoria me....

[Demostrando a Bartolomé lista de los militares muertos y heridos]

Gerónimo Suárez Camejo.

Había sido sargento de la policía, jefe de tránsito en Santiago de Cuba. Una persona buena y noble. Bueno, de Camejo no se podía decir nada. Lo trasladaron para Bayamo y allí encontró la muerte en el ataque al cuartel de Bayamo.

¿Qué tiempo él llevaba allí en Bayamo desde que lo habían trasladado?

No llevaba mucho tiempo.

Aquí está el resto de la lista.

A este, Feraud, lo conocía. **José Fonseca Martínez** era un sargento gordo. El era lo que llamaban sanitario, enfermero. Era masón. Un masón muy influyente en Santiago de Cuba.

Tengo entendido también que el comandante Morales era masón.

Sí.

El comandante de la policía, Izquierdo.

Eso era una persona decentísima. Decente. El comandante **Izquierdo** era una gran persona.

Juan de Dios Ruiz Herrera, el capitán, de la raza negra, era masón también, tengo entendido.

Sí, era un negrito delgado, alto, flaco, un negrito flaco. Mire, si usted no me habla de él, ni me acordaba de él. Me acuerdo de Juan de Dios, sí, persona decente, un negrito fino, una gran persona.

¿También era masón?

Creo que también era masón. Una gran persona, Juan de Dios.

¿Juan Piña?

Lo fusilaron. **Manuel “Niño” Cala**, este no estaba involucrado en nada. Lo conocí. Manuel “Niño” Cala era amigo de Guiteras. Era lo que en Cuba le llamábamos un jodador. Un revolucionario profesional. No estaba de acuerdo con ningún gobierno, pero ya estaba viejo, y agotado. El iba mucho a la funeraria porque en la lucha contra Machado las funerarias de Santiago de Cuba jugaron un papel importantísimo. Porque en los ataúdes se transportaron armas para la lucha contra Machado y después la lucha revolucionaria de Guiteras, etc. etc. Y él estaba muy ligado a **Guiteras** y muy ligado al sector funerario porque estuvo escondido en funerarias

durante tiempo, y lo sacaban en los ataúdes escondido, como si fueran a llevar un cadáver, o fueran a buscar un cadáver. Entonces, “El Niño” Cala yo lo conocí. Era una gran persona “El Niño” Cala, ya tranquilo, y a veces yo le decía, “Niño, cará, en tu tiempo, tú estarías tirando tiros por ahí.” O sea, al “Niño” Cala lo mataron sin necesidad de haberlo matado, porque él no estaba involucrado en nada. De Santiago de Cuba nadie sabía, aparte de Renato Guitart, nadie sabía nada. Entonces al “Niño” Cala, por su fama de revolucionario, lo mataron en la calle. Lo asesinaron. Fue una de las cosas malas que se hicieron, o una de las tantas cosas malas que se hicieron por parte del gobierno en Santiago de Cuba en el 26 de julio. El “Niño” Cala lo asesinaron sin necesidad, porque él no estaba involucrado en nada.

Estos fueron de la población civil que murieron ese día, muchos de ellos alcanzados por balas sueltas.

Sí, ahí también mataron a uno en la puerta de la librería “El Renacimiento.” Parece que se disparó una metralleta y mataron allí a un hombre que no estaba, un señor de Santiago de Cuba. Yo no me acuerdo como se llamaba, pero lo mataron allí en la puerta del “Renacimiento.” A un soldado se le disparó una metralleta.

¿Sin querer?

Yo no diría sin querer, vaya, no sé. Allí lo asesinaron. Lo mataron allí. Si fue sin querer, o queriendo, hay que pensar que los ánimos estaban muy caldeados. Hay que pensar que había habido muchos muertos y muchos heridos y los ánimos estaban muy caldeados. Y en ese ambiente, pues, cualquier cosa puede pasar.

¿Y usted no recuerda de ninguno de estos nueve muertos de la población civil?

No, no recuerdo.

¿Y la funeraria de ustedes no atendió a ninguno de estos muertos civiles?

Posiblemente, posiblemente. Esos civiles todos se les hicieron entierro. Posiblemente al “Niño” Cala no se le hizo entierro, pero los demás de la población civil todos fueron enterrados, y con velorio. Este señor que murió en la puerta de “Renacimiento,” no me acuerdo cómo se llama, pero se enterró igual que todos los demás de la población civil, menos “El Niño” Cala que lo llevaron para el cementerio. Al “Niño” Cala no se le hizo velorio.

¿Lo llevaron directamente de donde cayó al cementerio?

Sí, se llevó directamente para el cementerio.

¿Y lo enterraron en un panteón familiar?

No, no. Todos los muertos del 26 de julio, porque eso tiene su historia. Cuando yo llegué a Santiago el 26 de julio por la noche, ya se habían recogido y se habían tendido los militares. No recuerdo cuantos, pero alrededor de doce, o quince, o dieciséis, poco más o menos. Se tendieron en el cuartel Moncada, creo que en el Club de Alistados, o en el Club de Oficiales, no recuerdo. Por la mañana, yo disponía esa vez de coches fúnebres, pero hacían falta todos los coches fúnebres que había en Santiago de Cuba. Porque el ejército tenía su armón de artillería para enterrar a los veteranos y a los militares. Después yo creo que tenían uno o dos armones de artillería y se usaron los armones de artillería que ellos tenían, los tres carros fúnebre que yo tenía, y se le pidieron a todos los funerarios de Santiago de Cuba que cooperaran con sus coches fúnebres para el entierro de ellos.

Inclusive, tengo entendido que hubo que pedir carros fúnebres a otras ciudades.

No, no, alcanzaron los coches fúnebres.

¿Y sí se usaron los dos armones del ejército?

Sí, se usaron los arzones del ejército. Yo no sé si, quizás, la funeraria Sigas de Palma Soriano, quizás me mando, porque yo tenía magníficas relaciones con Sigas en Palma Soriano.

¿Sigas?

Manuel Sigas. No sé si Manuel yo lo llamé para que me mandara algún coche fúnebre. No recuerdo, han pasado muchos años. Lo que sé que todos los funerarios de Santiago de Cuba cooperaron. Todos mandaron sus coches fúnebres, ninguno me quiso cobrar nada, porque yo les dije se les va a pagar. Ninguno quiso cobrar nada.

¿El ejército le pide a la funeraria Bartolomé que se encargue?

De los funerales de todos esos muertos militares. Pasó otra cosa también. El teniente Canet dijo, “queremos que todos los ataúdes sean lo más iguales posible,” para que no hubiera diferencia entre oficiales, clases y soldados. Entonces se hizo lo posible de alrededor de quince ataúdes, todos casi iguales, y se hicieron. Al otro día, el 27 por la mañana, se hicieron los entierros de todos los militares.

¿Y ya ustedes tenían esa cantidad de ataúdes a mano?

Sí, nosotros teníamos una empresa muy grande y muy poderosa. Nosotros teníamos los ataúdes necesarios y casi similares para todos esos militares fallecidos.

¿Como cuantos ataúdes ustedes tenían a mano, digamos, unos treinta?

No, no, muchos más, porque nosotros no solamente teníamos fábrica, nosotros los fabricábamos. No para venderlos a otras empresas sino para nosotros mismos. Entonces, después del ataque, después que se le pusieron los servicios a los militares, el Colegio Médico de Santiago de Cuba nos comisionó para que hiciéramos, para que le pusiéramos ataúd al doctor Muñoz, que fue el médico que vino con las fuerzas de Fidel Castro. Y el señor **Guitart** nos comisionó para que hiciéramos el funeral al hijo de él, a Renato, un muchacho muy conocido en Santiago de Cuba. Ellos eran de la elite en Santiago de Cuba. El padre era un vista de Aduana, tenía una agencia de aduana. Era una gran persona Guitart. Que casualmente, hay una anécdota que cuando él fue se terminaron, se le puso el servicio y hubo que mandarle para el cementerio rápidamente, a Renato se enterró en la bóveda de la familia Guitart. No así a los demás. Los demás se enterraron en terreno común.

*Tengo entendido que **Abel Santamaría** y uno o dos otros rebeldes sí se enterraron también en la misma fosa de la familia Guitart.*

No creo, no creo porque **Muñoz** se enterró también en fosa común.

¿A Muñoz?

Muñoz también se enterró en fosa común.

La viuda de él está aquí en Miami, yo la entrevisté.

Tengo entendido que se enterró en fosa común. Porque cuando yo llegué, ya se habían mandado los cadáveres de Guitart y de Muñoz para el cementerio. Porque habían sido reclamados, uno por el Colegio Médico de Santiago de Cuba, y otro por su padre. **Renato** era muy introvertido y tenía un carácter muy violento, muy fuerte.

¿Renato era introvertido?

Sí, sí, era muy introvertido, posiblemente por esa mancha que tenía en la cara, y que le creó un carácter muy fuerte, muy irascible, muy irascible. Le gustaba mucho las armas también. Al muchacho le gustaba mucho las armas. El era de un carácter muy raro, posiblemente por esa...

¿Eso le había creado cierto complejo?

Sí, le había creado cierto complejo esa mancha que tenía en la cara.

Pero también tenía el ojo como un poco gacho.

Es posible que tuviera algún problema, porque en ese tiempo, que herencia, que una quemada, yo no sé como se hizo eso. Si fue alguna quemada es posible que le hubiera dañado un poco el ojo.

Yo tengo entendido que él tenía una mancha colorada de nacimiento, y que le dieron tratamiento de cobalto, y que le dejó el ojo medio gacho, y que eso todavía lo desfiguró más.

Es posible que fuera así.

Aquí yo tengo que el cadáver de Renato fue llevado a la funeraria Bartolomé a petición del administrador de Aduana.

Mariano Velázquez vivía frente a la funeraria. Muy amigo mío. Ellos guardaban los carros de ellos en el garaje de la funeraria. Los hijos, **Guillermo**, que está aquí, era muy amigo de **Silito Tabernilla**. Mariano Velázquez tenía magníficas relaciones con las autoridades militares en Santiago de Cuba. Es verdad que Mariano acompañó a Guitart, pero el cadáver no fue para la funeraria. El cadáver fue para el cementerio. A él no se le hizo velorio.

¿No se le hizo velorio? Se recogió donde estaba....

Se recogió él y **Muñoz** y se llevaron para el cementerio.

Aquí dice que a eso de las cuatro de la tarde.

Yo no estaba en Santiago de Cuba, yo llegué por la noche. Ya cuando yo llegué por la noche se habían llevado para el cementerio los cadáveres de **Renato Guitart** y de Muñoz. Entones, quedaban sin sepultar alrededor de quince militares, que se sepultaron al otro día. Por la mañana al otro día, veintisiete por la mañana, salieron todos los funerales. Ahora yo recuerdo, creo que Manuel Sigas de Palma Soriano mandó algún coche para Santiago. El problema fue que todo el mundo cooperó a eso, pero quedaba entonces los veintipico muertos revolucionarios. ¿Que qué se iba a hacer con ellos?

Usted me dice que ya la funeraria de su familia había enviado estos cadáveres al cementerio.

Al cementerio.

¿Entonces fue su hermano el que hizo todos estos trámites, Antonio?

Fue mi hermano el que se ocupó de mandar a Renato y a Muñoz.

¿Su hermano reside aquí en Miami?

Sí, como no, vive aquí en Miami. Que casualmente recuerdo que cuando pasaron unos días, el señor Guitart llamó para que le pasaran la cuenta, y entonces mi hermano le llevó la cuenta al señor Guitart. Entonces el señor Guitart le hizo un cheque y le dijo, “con esto le pago la parte comercial de su trabajo. Ahora, el favor que me hicieron no se lo pagaré nunca con nada.” Palabras del señor Guitart a mi hermano cuando le llevó la factura del trabajo.

¿Y qué costaba una factura en aquella época?

El funeral del señor Renato Guitart costó alrededor de trescientos pesos, igual que el del señor Muñoz, que lo pagó el Colegio Médico de Santiago de Cuba.

¿Y eso es un costo average?

No, no, eso no es un costo average. En ese tiempo un costo average serían alrededor de cien pesos. Llevaron un servicio magnífico, tanto Muñoz como Guitart.

Me estabas comentando qué iban a hacer ustedes con los cadáveres de los rebeldes.

Eso fue otra cosa porque, ¿sobre quien cae la responsabilidad de recoger veintipico

cadáveres? Que hay que mandarlos para el cementerio, hay que recogerlos, están tirados supuestamente en el lugar donde murieron, me imagino yo, supuestamente porque yo no vi morir a ninguno. A todos los vi muertos, no vi morir a ninguno. Estaban en varios lugares de los edificios del cuartel Moncada, entre ellos habían cuatro que estaban en el hospital militar, en el patio del hospital militar había cuatro allí, no creo que murieron....

En el costado.

En el costado, pegado a una pared, había cuatro allí, entre ellos uno muy grueso.

Gildo Fleitas.

[Demostrando fotos en un libro]

Ya no están aquí como en la foto.

Cuando usted recoge los cadáveres, ¿no están?

No, no están aquí. O sea, que están en el patio del hospital militar.

¿Ya los han movido hacia el patio?

Hacia el patio. Entonces están uno al lado de otro. Los cuatro están tendidos uno al lado de otro. Aquí deben ser cuando cayeron combatiendo pero después de muertos, me imagino yo, que fueron llevados hacia el patio del hospital militar donde yo los recogí.

Aquí al lado donde ellos han caído vemos que ya han puesto unos ataúdes.

Estos ataúdes son fabricados por nosotros, pero estos no son los del hospital militar.

¿Esta no es la loma que había del lado del hospital militar?

Posiblemente, fíjate que no es la misma cosa esta [foto] que esta.

No, porque inclusive aquí está, éste es el doctor Muñoz, que está vestido de blanco.

Ya él se había recogido. Estos ataúdes los llevé yo personalmente para recoger esos cadáveres. Entonces, ya esto posiblemente sea el patio del hospital militar donde estaban los muertos estos, exactamente. Como usted ve aquí, los ataúdes no son iguales. ¿No se da cuenta que no son iguales? porque tuve que hacer una recogida para poder cumplir con la petición de **Maximino Torres Sánchez**, que era a la sazón alcalde de Santiago de Cuba. Entonces, tuve que recoger los que pude, para recoger esos veintipico cadáveres.

¿Cuándo es que Maximino Torres le hace la petición?

Me llama por la noche del veintisiete a mi casa.

¿Lunes veintisiete?

Sí, creo que lunes veintisiete. Ya se han enterrado los militares y se han llevado para el cementerio a Guitart y Muñoz. Entonces me llamó Maximino Torres Sánchez, alcalde de Santiago de Cuba, dueño del hotel Venus en Santiago de Cuba.

¿El hotel Venus no tenía un casino?

No. El que tenía un casino, después de todo eso fue el hotel Casa Grande, que estaba frente al parque de Céspedes. Entonces Maximino Torres me llamó a mi casa para que yo me hiciera cargo de recoger los veintipico muertos, porque la responsabilidad de enterrarlos recayó en el municipio de Santiago de Cuba. El municipio de Santiago de Cuba tenía una contrata con una funeraria donde le pagaba seis pesos por cada entierro que hacía para los pobres de solemnidad. A nosotros nunca nos interesó ese tipo de negocio con el municipio. A pesar de que Maximino era amigo mío, yo podía haber tratado de adquirir esa contrata pero no me interesaba porque nosotros trabajábamos en una escala un poquito superior. Entonces, Maximino me llamó por la noche y yo le dije, porque yo le decía a él alcalde, yo no le decía Maximino, le dije, “Óyeme, alcalde, creo que has llamado al lugar equivocado, yo no soy el que tiene la contrata.”

Porque me dijo, “Oye, Bartolomé, me han enredado en este problema con la muerte de toda esa gente y me han dicho que el municipio es el que tiene que recogerlos. Imagínate tú que clase de problema me han buscado.” Pues, llama a los que tienen la contrata y que se encarguen de eso. Me dice, “No, no, si ya llamé pero el problema es que ellos no tienen ataúdes para eso. Digo, “Pues, eso es un problema tuyo y de ellos. Ellos son los que tienen la contrata y ellos son los que tienen que resolverte este problema.” Bueno, yo quiero que tú me lo resuelvas. “Chico, yo no te lo puedo resolver, porque yo no tengo el tipo de ataúd que ellos fabrican para ese menester.”

¿Que es más barato?

Claro, un ataúd sin forrar y sin nada. Trabajo por el que pagaban seis pesos.

¿Un ataúd de pino?

De pino era bueno, o de algarrobo, o de cualquier madera que apareciera. Y cuando eran niñitos recién nacidos, feto, lo metían en una caja de zapatos, en una caja de cartón. Y ahí es donde estaba el negocio. Iban a la peletería, cogían una caja de cartón y ahí metían un fetico acabado de nacer, le pagaban por eso seis pesos, y galón y medio de gasolina por cada muerto. Entonces, no tenían que comprar gasolina, porque el municipio le daba la gasolina, y una caja de zapatos que no valía nada, cobraban seis pesos. Cuando venía una persona mayor, el ataúd en blanco, valía mucho más de seis pesos, de cualquier cosa que lo hicieran. Pero, como la mayoría eran chiquitos, ellos tenían dos o tres cajas para esa función. Imagínate, necesitaban veintipico. Yo le dije, “yo no tengo ese tipo de caja.” El alcalde me dijo, “Bueno, pero tú tienes que resolverme el problema.” Yo no, yo no tengo que resolverte el problema. “Porque tú eres mi amigo, tú tienes que resolverle el problema este a tu amigo,” Maximino Torres Sánchez. Yo le dije, “Mira, alcalde, yo te voy a resolver el problema, pero te lo voy a resolver como amigo. Pero fíjate bien. No puedes pagarme lo que ustedes pagan por eso, porque eso ni remotamente cubre nada.” Bueno, resuélvemelo. De la parte económica no te preocupes, resuélveme ese problema. Entonces le dije, “bueno, yo mañana me ocupo de eso.” Dice, “No, no, no, eso esta noche tiene que quedar recogido todo.”

¿Y el te llama el lunes por la noche, no el domingo por la noche?

El lunes por la noche. Ya se han enterrado los militares.

¿Así es que los cadáveres de los rebeldes ya llevaban ahí más de veinticuatro horas?

Ya llevan más de veinticuatro horas al amanecer del veintisiete todos estaban ya con mal olor. Entonces cogí un empleado y una furgoneta, lo que ahora le llaman “van,” lo llené de ataúdes y lo llevé para el Moncada. Entonces allí no había luz eléctrica. Llevé un farol de luz brillante. Entonces con el farol iba buscando uno a uno donde estaban los cadáveres, le ponía el ataúd al lado, y después lo metía el cadáver adentro, cerraba, y los fui almacenando.

Entonces, eso fue...

El veintisiete por la noche. Me cogió el veintiocho por la madrugada.

Me imagino que en una furgoneta llevaste un grupo de ataúdes.

No, fíjese, hubo que dar varios viajes, y entonces se pusieron allí todos en un lugar, y al otro día los recogieron. Al otro día no, porque yo terminé al amanecer de recoger los veintipico muertos.

¿Usted llega allí al Moncada como a que hora esa noche?

Como a las diez o las once de la noche.

¿Y estuvo trabajando toda la noche?

Toda esa noche hasta el amanecer, para recoger los veintipico de cadáveres.

¿Los cadáveres los encontró por diferentes partes?

Regados por diferentes lugares, supuestamente donde murieron combatiendo, supuestamente. Yo no diría que murieron allí. Allí los encontré en varios lugares. No estaban amontonados. Los que sí no me cupo la menor duda que los pusieron donde estaban, eran los que estaban en el hospital militar, que los vi más acomodados.

¿Estaban dentro de un salón del hospital militar?

No, no, en el patio del hospital militar, los cuatro que estaban allí.

Cuando usted llega al cuartel, ¿cual es el primer grupo de cadáveres que usted atiende, o que va a donde están?

Como yo no sé donde están....

Creo que habían unos por la posta.

No, no, en la posta no habían ninguno muerto. Los que murieron en la posta se los llevaron de la posta. O séase, el individuo que entra en el cuartel Moncada, tiene un polígono sin fabricar alante, donde se hacían las maniobras. Entonces, están las distintas dependencias de dos o tres pisos, donde está la intendencia, la barbería, el dormitorio de soldados, etc. etc. y la primitiva enfermería, antes de tener el hospital militar.

Y los cadáveres usted los encuentra dónde, ¿dentro del cuartel, en el patio?

Los cadáveres los encuentro en la parte fabricada.

[Demostrándole a Bartolomé fotos de un libro]

Los cadáveres usted los encuentra....

Todos en esta parte.

En la parte de atrás.

Aquí alante algunos, y algunos adentro, y en la parte de atrás.

Algunos los encontró dentro, es decir, aquí por el pasillo.

Sí, por el pasillo. A pesar de que esto se ve aquí como una sola, pero esto tiene una serie de divisiones atrás.

En el patio de atrás es que usted encuentra....

Ahí encuentro algunos.

¿Usted encontró algún cadáver dentro de la barbería?

No recuerdo. Es posible.

Pero aquí yendo hacia el patio.

Por aquí encontré algunos, y acá en el patio, pegado a estas matas, también encontré algunos.

¿Entonces usted dentro del hospital militar no recogió cadáveres de los rebeldes?

No.

Entonces recogió los cadáveres que aquí están dentro del pasillo.

Sí.

Usted recoge los cadáveres que estaban dentro del cuartel hacia la parte de atrás.

Todos los que estaban en del cuartel, hacia la parte de atrás y en la parte de alante, a la derecha y a la izquierda. Yo recogí todos.

Pero alante en el polígono no había.

No, no, ahí no recogí a nadie.

Estaban todos dentro del edificio, esta ala. ¿Los cadáveres que usted encuentra son los que están dentro por esta parte?

Yo encuentro muchos cadáveres por aquí, todo esto hay cadáveres, y algunos por aquí por el patio.

Por el costado aquí, las dependencias esas que habían adentro.

Ahí hay varios. Para esta parte aquí alante no hay nada. Todos los cadáveres están en estas áreas de aquí.

Atrás.

Sí, atrás y en el edificio aquí.

Adentro, en dependencias adentro. Entonces usted, cuando encontraba un cadáver, ¿qué es lo que hacía, llevaba un ataúd al lado?

Le ponía un ataúd al lado para que no se me perdiera. Entonces después, cuando ya agotaba los ataúdes que tenía, venía y los recogía, lo metía en el ataúd, entonces iba y metía a otro más, hasta que llenaba los cuatro o cinco ataúdes que yo había llevado. Entonces cogía el ataúd, le ponía el farol arriba para poderme alumbrar, e íbamos con el ataúd para ponerlos todos juntos.

¿Usted cuantos ayudantes llevó?

Uno.

¿Cómo se llamaba el señor?

Emilio Luna.

¿Y era empleado de la funeraria?

Sí.

Entonces usted, cada vez que encontraba un cadáver, le ponía un ataúd al lado, después iba a buscar los otros ataúdes....

Los otros ataúdes, buscaba a otro cadáver.

Y llevaba cuatro o cinco en el van.

En el van cuatro o cinco.

Entonces después, ponía el cadáver dentro del ataúd, y ¿a dónde llevaban el ataúd?

Después los pusimos todos juntos, no recuerdo en que lugar, pero los pusimos todos juntos para que fueran cargados hacia el cementerio.

¿Los pusieron todos juntos dentro del cuartel?

Sí, en el área del cuartel. Dónde, yo no le podía decir, porque han pasado cuarenta años de eso.

¿No habrá sido alante en el polígono?

No recuerdo que fuera en el polígono.

Mas bien hacia la parte de atrás.

No, no, para atrás nunca. Posiblemente, quizás se dejaron por aquí en algún lugar (indicando en la foto).

¿Al frente del edificio?

Por acá. Después yo no tuve que ver ya nada cuando trajeron la rastra y los cargaron, ya yo no tuve que ver nada de eso. Yo terminé mi función cuando los puse en los ataúdes y los dejé por aquí ubicados en uno de estos lugares, que no recuerdo cual era. Ahora, después, ya cuando vino la rastra, no sé quien los cargó. Deben haber sido soldados. No sé donde pararon la rastra, porque ya yo no estaba ahí. Yo terminé al amanecer la macabra labor que tuve que hacer y los dejé todos almacenados, o puestos uno al lado de otro, por aquí por algún lugar. No recuerdo fijamente donde fue.

Entonces, entre usted y el ayudante cargaban el ataúd hasta el frente.

Hasta el frente.

¿Y lo bajaron por las escaleras del frente?

No recuerdo haberlos bajado. Posiblemente los dejamos aquí en el pasillo este, y posiblemente quedaron aquí.

En el pasillo de arriba.

Porque sucede una cosa, ahora estoy recordando. Los muertos están en la planta baja.

El Moncada tenía dos plantas alante, pero después se convertía en una hacia atrás.

Sería interesante ver las fotos. [Observa fotos]. Aquí, todo esto es hierba. Los muertos están.... Yo no tuve que subir las escaleras ni tuve que bajarlos, porque los muertos no estaban arriba, los muertos estaban abajo. Ahora voy recordando. Posiblemente, los fui almacenando donde más cómodo me fue.

¿Cerca donde ellos cayeron?

Los saqué hacia afuera, pero sin llevarlos muy lejos, porque somos dos nada más para mover como treinta, veintiseis, o veintiocho cadáveres que había, no recuerdo cuantos. Los voy dejando donde más cómodo me sea, donde se pueda recoger. Así que es muy posible que los fui dejando en la parte de alante, de esta parte de aquí.

Del cuartel.

La parte de alante del cuartel. Los dejé aquí.

¿Frente a la posta tres?

Por ahí, aproximadamente.

Porque esos cadáveres se encuentran en la parte de atrás del cuartel.

En la parte de atrás de esto, allá atrás.

Ahora, si los trajo para alante, hubo que haber tenido que bajar esta escalera.

No, porque eso tiene entrada por aquí.

O por el medio, que hay como un túnel.

Esto está conectado a los patios.

Hay un túnel en el centro.

Hay varios. Hay una serie de entradas, que usted las ve por aquí [indicando en foto]. Que esto da entrada a las dependencias de abajo, donde está contabilidad, y donde hay una serie de cosas. Esta la sombrería, la zapatería, la sastrería. La barbería creo que está arriba. Entonces, por aquí también se pasa hacia el patio.

Entonces, usted trae los cadáveres hacia el frente.

Hacia el frente los saco y los dejo por aquí en algún lugar.

Simplemente, lo que fue, puso los cadáveres dentro de los ataúdes, los dejó allí alineados, ¿no?

Sí alineados allí. Y después, cómo los llevaron para el cementerio, no sé. Yo me enteré, al igual que los demás, que los llevaron en una rastra. Yo no vi la rastra porque yo estaba en mi casa durmiendo y quitándome el olor a cadáver que tenía. Me acuerdo que la niñita mía tenía año y pico, y cuando yo entré por la mañana a mi casa me dijo, “Papi, que peste tu tienes.” Es decir, yo estaba impregnado del olor, a pesar de que me había lavado las manos. Estaba mi cuerpo y mi ropa impregnada del olor de los cadáveres esos que ya llevaban treinta y pico, casi cuarenta horas de haber muerto. Así que ya el proceso de putrefacción estaba bastante adelantado.

Usted me ha mencionado que se ha leído lo que le llama la “Leyenda Negra” respecto a

si estos cadáveres fueron torturados.

Yo no vi, no vi, nada que me llevara a pensar que eso sea verdad. No dudo que bajo el influjo del momento, la violencia, pues, quizás se cometieran algunos desmanes. Eso no me cabe la menor duda. Y yo diría que sí, que se cometen, porque eso es muy natural en toda guerra. Al calor del combate se hacen muchas cosas. Pero yo por lo menos no vi nada que me llevara a decir que alguien se torturó. No diría que no se hizo, pero digo que yo no lo vi.

¿Usted no vio allí a ningún cadáver que le faltaran los ojos?

No, no he visto ningún cadáver que presentara signos de tortura. Además, hay otra cosa. Santiago de Cuba tenía un “team” de médicos forenses, muy capacitados, presidido por el doctor **Manuel Prieto Aragón**, persona de una capacidad y de un valor a toda prueba. Manuel Prieto Aragón era un hombre bajito, gordito, calvo, pero de una capacidad forense fantástica y de un valor a toda prueba. Si hubiera habido algunos de esos muertos torturados, no me cabe la menor duda que ese “team” de forenses de Santiago de Cuba hubiera dado la voz de alarma.

Manuel Prieto Aragón, Carlos Padrón Ferrer, José Ramón Cabrales Arjona y Alipio Rodríguez López.

Cuatro individuos de una probada capacidad forense y de una probada y acrisolada actitud civil. Si cualquiera de esos cuatro individuos, los cuales me honro de haber sido amigo de ellos, hubieran visto algo, no me cabe la menor duda, que lo hubieran publicado.

¿Y usted sabe si alguno de ellos está aquí en el exilio hoy en día?

No, es más, no creo que ya ninguno esté vivo. Yo era muy amigo de ellos, antes y después del Moncada. No me cabe la menor duda que lo hubieran publicado. Pero aún de que no lo hubieran publicado, caso de que se hubieran acobardado, cosa improbable, yo me hubiera enterado, porque yo tenía bastante contacto con ellos. Yo me hubiera enterado si hubiera habido tortura en esos casos.

¿No se recuerda si la funeraria de ustedes dio servicio para estos otros civiles que cayeron muertos allí?

Sí. Yo les dí servicio a algunos de esos civiles que murieron pero en sus respectivas casas.

*Tengo entendido también que el teniente **Feraud**, el teniente **Morales**, sí tuvieron servicios fúnebres en sus casas, que fueron velados en sus casas.*

Posible, pero no lo recuerdo. Quizás fuera así.

Usted me dice que recogió unos veintipico de cadáveres.

Sí, veintipico se recogieron esa noche. Y al otro día el alcalde me volvió a llamar.

¿Cómo a que hora?

Creo que por la tarde. El veintiocho, porque yo terminé de recoger esos cadáveres el veintiocho por la madrugada. El veintiocho después del medio día me llamó el alcalde para que fuera a recoger seis más en la finca de Siboney.¹ Entonces fui, y allí recogí seis, que parece que fueron los que se quedaron cuidando la finca. Recuerdo que uno de ellos lo recogí, que estaba sobre una cerca de alambre de púa. Parece que lo mataron tratando de huir. Allí recogí uno en una cerca de alambre de púa, arriba de la cerca, tratando de huir, allí estaba muerto. Los otros estaban diseminados por allí por el patio de la finquita del señor **José Vázquez**, Pepe Vázquez.

Allí encontró seis.

¹ Abel Santamaría Cuadrado, Reinaldo Boris Luis Santa Coloma, Fernando Chenard Piña, y tres más.

Allí se recogieron seis.

¿A qué hora fue que se recogieron esos cadáveres?

Yo diría que el veintiocho por la tarde. Esos se llevaron directamente para el cementerio de Santa Ifigenia y allí se dejaron. Se llevaron todos juntos para el cementerio.

¿Usted es el que los lleva a Santa Ifigenia?

Un empleado mío es el que maneja la camioneta que los lleva. Yo asistí a la recogida de los cadáveres.

¿Y de ahí usted se va para su casa?

No, después de ahí pasé para el negocio de nosotros, para la oficina.

Es decir, la camioneta con los cadáveres lo deja a usted en la oficina y sigue hacia....

Yo no fui al cementerio a llevarlos.

¿Fue el empleado de usted, el señor Luna?

No, Luna no era el chofer.

¿Se acuerda algo más de esos seis cadáveres que encontró allí?

No, no recuerdo nada en especial, porque después que usted recoge veintiocho cadáveres, seis más no me llamó la atención porque yo acababa de recoger casi treinta cadáveres, veintiocho, veintiseis.

No recuerda, de nuevo, alguno que le faltaran los ojos, que tuvieran señales de tortura.

No, no, nada de eso. No vi nada de eso.

Tengo entendido también, que después aparecieron otros seis cadáveres, el miércoles, en la carretera que iba a la Gran Piedra, y después el jueves, otros seis cadáveres en el Conuco, en Damajayabo.

No, yo creo que son muchos cadáveres. Ahí están poniendo muchos cadáveres. Yo creo que después de los seis de la finquita de Pepe Vázquez, no creo que hubo, quizás lo hubiera, pero la mente no me lo recuerda. No creo que hubiera muchos más muertos, quizás algunos salteados por ahí, pero nada de grupo.

¿Y ustedes recogieron esos también?

Yo no recuerdo de esos de la carretera de la Gran Piedra, de esos de Damajayabo, no me recuerdo. Me recuerdo ya de los últimos los de la finquita. Creo que fueron los últimos que hubo. Veintiocho y seis allá serían treinta y cuatro. Yo creo que ahí, fíjate, si la mente no me falla, porque estamos hablando de cuarenta años y muchos muertos, si la mente no me falla, yo creo que los últimos muertos que se recogieron fueron los de la finquita de Pepe Vázquez.

Pero en el Moncada me dice que no recogió más de treinta cadáveres.

No, creo que no llegaron a treinta. Es posible que los veintiocho del Moncada y seis de la finca de Pepe Vázquez, sean los, que, a la mejor, los seis de la finca de Pepe Vázquez no murieron todos en la finca de Pepe Vázquez. A la mejor los mataron en otro lugar por ahí y los trajeron a la finca de Pepe Vázquez. Es posible que eso haya sucedido. Vaya, a mi no me consta. Yo no sería capaz de afirmarlo ni de negarlo, pero allí recogí seis.

(Interrupción)

¿Conocía a Pablo Lavadí?

Era enterrador. Debe haber muerto ya. Era mucho mayor que yo y han pasado cuarenta años. Es posible que eso se haya hecho así. **Pablo Lavadí** era muy servicial, como eran muy servicial todos esos individuos que trabajaban en el cementerio. Es muy posible que eso se haya hecho así. No tengo por qué dudarle. Conocí a Pablo Lavadí, y también que hubiera interés de

haber sabido donde estaban enterrados. Es muy posible que ese dato sea cierto.

Que a ellos los enterraron en nueve fosas en el patio común.

Se usaba una fosa común para cuatro cadáveres. Así que está dentro del promedio, treinta y cuatro. Cuatro a nueve serían treinta y seis. Así que es muy posible puesto que se enterraban cuatro en cada fosa común.

¿Y eso era la norma?

Eso era la norma.

Tengo aquí que días después, la esposa de Amaro Iglesias, Gloria Cuadra, que era comentarista radial, la amiga de Zoila Ferrer, regresaron al cementerio y le pagaron a Juan Caternaux, que parece que cuidaba allí en el cementerio, a él y a un asistente le pagaron para que construyeran unas cruces de madera y las pintaran de grises para marcar aparte donde es que estaban estos rebeldes.

Es muy posible todo eso. A Gloria Cuadras la conocí. Gloria Cuadras era una vieja dirigente revolucionaria de Santiago de los tiempos de Guiteras, uno de los personajes revolucionarios. Ella fue líder estudiantil, etc. etc. Que se hizo después del triunfo de la revolución, pues, creo que ocupó ciertos cargos, algunas cositas, pero ella fue una vieja luchadora contra el gobierno de Batista.

Aquí tengo el dato que varios años después, estos treinta y seis rebeldes que se enterraron en las fosas comunes, después sus restos volvieron a ser enterrados en el sepulcro de la familia Guitart, que es donde permanecen hoy en día.

La bóveda de la familia **Guitart**, por mucho espacio que tuviera, no tenía más de ocho espacios. Las bóvedas grandes allí lo que tenían eran ocho espacios. Las bóvedas en Santa Ifigenia, muchas tenían agua, cogían agua, entonces no se podían hacer muy profundas. Pasa en parte como en Nueva Orleans. La familia Guitart posiblemente enterró a algunos, pero no a todos, porque no tenía espacio. Después creo que hicieron un mausoleo allí, que lo hizo el gobierno para los mártires del veintiseis. Creo que hubo algo de eso pero no recuerdo. Yo no creo que después del triunfo de la revolución que tuvieron mucho tiempo para brindarle atención a eso. La vorágine revolucionaria no creo que tuvo mucho tiempo. Posiblemente se sacaron esos cadáveres, se le hizo algún monumento, algún mausoleo, o algo, pero a eso no se le dio mucha propaganda tampoco.

¿Y usted trató con algunos de los familiares de los rebeldes que fueron allí a buscar los cadáveres?

No, no, porque ya, fíjese, ya no tenía por qué tratar con ellos. Para hacer ese trámite, solamente había que ir a pedir un permiso a salubridad. Entonces salubridad era el que daba el permiso. Nosotros no teníamos que intervenir en nada de eso. Entonces después que se sacaba el cadáver, se ponía en una cajita de zinc que allí estos mismos señores como Lavadí, como el otro, Juan, que hacían esos trabajos, pues, ellos tenían ese negocio de conseguir la cajita de zinc, le limpiaban los huesos, se los ponían ahí, y se los trasladaban a donde querían. Todo eso era dentro del cementerio de Santiago de Cuba. Ya cuando se iba a sacar del cementerio, ya sí teníamos que intervenir nosotros, porque teníamos que trasladarlo. Pero mientras se hiciera eso allí dentro del perímetro del cementerio, nosotros no teníamos que intervenir.

¿Después usted ya no tiene más ninguna otra intervención en estos eventos después que recoge a los seis de la granja Siboney, o sí tuvo?

Ya ahí terminaron los eventos relacionados con el cuartel Moncada, con los que recogí en

la granja Siboney.

Y después le pasa la factura a...

Bueno, ya eso es otra historia. Eso es otra historia terrible, porque el señor **Maximino Torres Sánchez**, el alcalde, mi amigo, me quiso pagar al precio que tenían las subastas, la contrata. O sea, a razón de seis pesos por cada muerto, que serían treinta y algo de muertos, pues, no llegaban a doscientos pesos. Imagínese, me tuvo toda la noche trabajando, cargando cadáveres, entonces le pasé la cuenta, y se negó rotundamente a pagar, que él no podía pagar eso. Que no tenía manera de pagarlo. Ahí tuvimos una agarrada de mil demonios que nos enemistó toda la vida. Intervino en eso el contador del ayuntamiento del municipio, **Luis Vázquez**, una persona honorable, que terminó suicidándose en Santiago de Cuba, no sé por qué motivo. Luis Vázquez intervino. Fue una bronca terrible entre el alcalde y yo y terminamos. Bueno, por fin yo le dije, “Bueno, chico, pero si el problema es fácil. Mira, tú tienes carpinteros, tú tienes madera. Hazme los ataúdes y devuélvemelos. Yo te busco quien te los forre. Conseguimos la tela. Tus carpinteros que hagan los ataúdes y devuélvemelos.” No, no, yo tampoco, porque mis empleados no son fabricantes de ataúdes. “Bueno, pues, entonces págame.” Es que yo no tengo manera. “Claro que tú tienes manera. Aquí hay manera de sacar el dinero.” Tuvimos unas agarradas ahí, pero fueron terribles las agarradas, que nos enemistamos para toda la vida, porque él era mi amigo. Entonces Luis Vázquez, como contador, buscó una manera de solucionar la cosa, de darle forma, para sacar de otros capítulos el dinero suficiente, ni suficiente el dinero para que yo quedara medio ileso de la pérdida económica. Entonces, de esa forma se liquidó el problema económico de los muertos del Moncada, pero siempre quedó la enemistad del alcalde conmigo, que intentó tomar represalias. Pero como yo tenía muy buenos amigos en las esferas oficiales, pues, nunca pudo hacerme daño. No porque no lo quisiera sino porque no me lo pudo hacer. Nos quedamos enemistados para toda la vida.

¿Y cuanto fue la factura que usted le envió al municipio?

Déjeme ver si puedo recordar. Yo le mandé una factura, creo que fueron por alrededor de veinticinco pesos por cada muerto.

Y él quería pagar seis.

El quería pagar seis. Los muertos militares les pasé una cuenta al Regimiento Número Uno Maceo a razón de setenta y cinco pesos por cada uno. Me los pagaron sin chistar. Eso era un precio que malamente cubría los costos. Entonces, al municipio de Santiago le pasé una cuenta de alrededor de veinticinco pesos por los servicios de cada revolucionario muerto. O séase, alrededor de setecientos cincuenta, ochocientos pesos. Entonces el hombre quería pagarme unos doscientos. Aquello fue una bronca terrible, pero después en definitiva Luis Vázquez no sé cuanto, que solución le buscó, pero nunca fue ni remotamente los veinticinco pesos que yo le cobraba, ni los seis que ellos querían pagar. Se le buscó una cosa ahí y quizás, no recuerdo, quizás pagaron trescientos y pico, o cuatrocientos, o quizás quinientos pesos, algo de eso, pero nunca fue la cuenta que yo le pasé.

Es decir, ustedes tuvieron pérdida en esa parte.

Sí, sí, en la parte económica tuve pérdida con el arreglo con el señor Maximino Torres Sánchez. Mi querido amigo el alcalde.

Bartolomé, ¿hay cualquier otro relato o anécdota que quiera añadirle a la entrevista?

Bueno, acuérdesese que yo viví en el vórtice del ciclón. Santiago de Cuba fue el vórtice de los problemas y me vi involucrado en muchas cosas de esas. Me vi involucrado en la muerte de

los cinco muchachos que mataron allá en la Loma Colorada, que se llamaban los autobuseros, porque eran miembros de, trabajaban en los autobuses. Murieron cinco allí. De lo cual se intentó involucrar a **Eduardo McIntosh** en esos asesinatos. Eso fue una cosa incorrecta. Eduardo McIntosh era incapaz de hacer nada de eso. También me vi involucrado cuando la muerte de **Frank País**. El coronel **Salas Cañizares** me prohibió que se tendieran en la funeraria Frank País y **Pujol**. Entonces Pujol se tendió en la capilla de la Colonia Española y Frank País se tendió en la casa de él en la Calle San Agustín. El coronel Salas Cañizares me llamó, fue a la oficina mía a verme. Yo recuerdo que me estaba esperando, yo estaba en el barbero, y llegó un empleado y me dijo, “Oye, está el coronel Salas Cañizares ahí.” Entonces le dije al barbero, “Bueno, quítame el paño.” Entonces, a medio pelar fui para allá y me dijo Salas Cañizares, “¿Oye, tú sabes que hemos matado al delincuente ese Frank País?” Le dije, “Bueno, sí, oí decir algo de eso.” Dice, “Bueno, vengo a verte para decirte que aquí no lo puedes tender,” en la funeraria. “Bueno, si usted dice que no se puede tender, pues no se tiende. ¿Eso es todo?” Sí, ya lo sabe. No quiero problema, no quiero tener que venir aquí porque voy a colgar a uno aquí. “¿Puedo seguir pelándome?” Sí, ve a pelarte. No me permitieron tenderlos en la funeraria.

¿Cual era la otra casa funeraria grande que había en Santiago de Cuba, además de la de ustedes?

Mayoral. Mayoral se hizo cargo de los entierros de los dos, de Frank País y de Pujol. Uno en la capilla de la Colonia Española, Pujol, y Frank País en la casa de él en la Calle San Agustín y Clarín, por ahí.

¿La funeraria Mayoral, ellos no tuvieron que ver en los sucesos del veintiseis de julio?

No, ellos no tuvieron que ver en nada de eso. Nosotros nos encargamos de los militares y de los atacantes.